

ABC

MARAVILLOSOS CALENDARIOS

SIEMPRE a principios de año, y los más previsores mucho antes, ya tenemos sobre la mesa o en la pared un calendario o almanaque, que en otro tiempo siempre fueron asunto fascinante, aunque hoy sean objetos meramente utilitarios y funcionales, ya sea en forma de agendas o incluso si conservan su carácter, digamos de medición del tiempo y de avisos de carácter astronómico, porque los servicios meteorológicos de la televisión, han desplazado todo otro interés hacia lo que ocurre en los cielos y la tierra. Y han desplazado también de la mente y de la imaginación hasta fabulosas mitologías como las de la nieve, que, hasta hace muy poco, por lo menos en tierras bajas o en las situadas más bien al sur, eran altamente poéticas y evocadoras de los más interesantes momentos de la infancia, y han transformado ese fenómeno atmosférico en peligroso riesgo, en abierto desastre. Salvo si la nieve está bien ordenada, homologada y comercializada, claro está, porque entonces podrá romperse uno los huesos, pero esto ocurre ya dentro de la cientificidad, por así decirlo.

Casi hasta ayer mismo, sin embargo, y como venía diciendo, estos asuntos del calendario han sido asuntos relacionados con el sol, la luna, y las estrellas, observaciones de sus cursos, discurso sobre las esferas de cristal en las que esos astros se movían en una región incorruptible. Los hombres han venido haciendo cálculos y estudiando con otras esferas y astrolobios maravillosamente fabricados en imitación de la bóveda celeste, y bastante pronto se percataron de que los cursos o carreras de esos astros tenían una armónica medida, componían una sinfonía silenciosa. Los cálculos tuvieron siempre fama de poseer estos saberes, y, sin duda, los Reyes Magos andaban en estas cavilaciones, y en una oda de Horacio se habla de los números cálidos o tablas astronómicas, con mucho respeto. Y daban por hecho que la tierra era plana, pero, como tenían ojos y pasaban mucho tiempo mirando el espectáculo celeste, enseguida cayeron en la cuenta de que los eclipses eran periódicos, y comenzaron a predecirlos exactamente, lo que, se mire por donde se mire, tenía que ser bastante impresionante y excitante para las gentes, y para esos mismos sabios que tenían todavía intacto el poder de maravillarse.

Los griegos, tranquilos y especulativos siempre, miraron, sin embargo, al cielo con más placidez y deleite, con más filosofía y menor interés inmediato en sus averiguaciones. Platón decía que los ojos mismos se nos habían dado simplemente para ver esas hermosuras de los astros, y Pitágoras aseguraba que esos astros se movían según números, formando la concertada música nocturna que oía Maestro fray Luis, posiblemente por caso. Pero era inevitable prácticamente que los hombres se preguntaran si esos celestes y gloriosos cuerpos, que estaban al margen de la corrupción de las cosas terrenas, determinaban, o influían al menos, nuestra pobre vida humana. Así llegaron a ser tenidos como dioses, y así nació el discurso astrológico, como un supuesto conocimiento misterio-

**Durante siglos,
esas gentes sencillas
han estado observando
el cielo y los fenómenos
atmosféricos, al margen
del discurso racional,
y han sacado
sus conclusiones,
que son el saber
que ofrecían
los viejos calendarios,
en fórmulas
del refranero mismo**

so. Sólo los judíos fueron en esto, como en tantas otras cosas, muy realistas, y su Libro decía, y dice, que el sol y la luna sólo son dos lumbrarias o raudales para presidir el día uno, y el otro la noche; y esto al servicio del hombre. No había que dar más vueltas; aunque lógicamente, también los judíos se quedaban boquiabiertos ante la procesión maravillosa de las estrellas en la noche, y también ellos cosían en su imaginación con un hilo de plata unas estrellas con otras para formar figuras, como habían hecho los demás pueblos, para pasearse por aquella pradera oscura en alguna compañía, y luego contar las historias de allá arriba. Y aquí los griegos acabaron por imponer sus propios nombres y figuras, porque los astrónomos, cuando la astronomía desplazó a la astrología como una ciencia, echaron mano de esas denominaciones mismas. Aunque pastores y campesinos de toda

Europa, que miran y tienen que mirar al cielo, al igual que sus antepasados de miles de años atrás, conservaron muchos de los antiguos nombres de las constelaciones, y utilizaron también los de la astronomía popular cristiana de la edad media; y, así, llamaron *Las Tres Marias* al Cinturón de Orión, y *El camino de Santiago a La Via Láctea*, y la antigua *Venus*, que, cuando aparece por la tarde es *La estrella del pastor*, se torna por mañana, la *Stella matutina* o *Estrella de la mañana*, y en su entorno se hace una teología de la luz en los himnos del culto, mientras queda en el habla coloquial como *El Lucero del Alba*, símbolo del mayor poder y hermosura. Quien lo ve, se llena de alegría y de frescor del ánimo para todo el día, incluso si ha visto subir por la noche, por la escala del cielo, a *La Perrilla* o *Cáncula*, y sabe que el día será abrasador.

Durante siglos, estas gentes sencillas han estado observando el cielo y los fenómenos atmosféricos, al margen de discurso racional, y han sacado sus conclusiones, que son el saber que ofrecían los viejos calendarios, en fórmulas del refranero mismo. Y hay quien asegura que este año ha llovido el día de santa Bibiana, y que eso significa que habría lluvia para cuarenta días y una semana. Lo que puede ser así, o no ser de esta manera, esto tiene una importancia sólo relativa, la misma que cuando no acertan los pronósticos de la meteorología científica. Las variables e imponderables son muchos en este asunto, y se ha llegado a la conclusión de que estamos, en este caso, inmersos en una especie de lógica errática y pensamiento caótico, que luego algunos filósofos sensatan enseguida como la situación real del pensamiento especulativo en general. No deben de ir muy descaminados.

En este sentido cabe decir que es todo un monumento a estas filosofías, a la vez que al saber popular, el viejo *Calendario Zaragozano* de don Mariano Castillo y Oeslero, publicado por primera vez en 1840, y de cuyas predicciones nos fiamos miles y miles de personas, pese a sus indisolubles fracasos, nunca, sin embargo rotundos, porque, aunque funcionando según esa lógica errática y ese pensar caótico e indefinido que decía, nunca se aparta de principios de la sana filosofía tales como que en invierno hace más bien frío, en verano más bien calor, y en primavera y otoño lo uno y lo otro, en general. Porque, incluso para la meteorología no hay nada como el classicismo, y ese *Calendario Zaragozano*, la imagen de cuyo autor guarda para muchas gentes el aroma del fondo del vaso de la infancia, posee, así, hasta virtudes curativas y consoladoras contra el paso del tiempo. Incluso cuando todo se torna caótico y errático.

Hay quienes, ya en enero, están seguros de que la simple caída de las hojas del calendario hará progresar la historia hacia adelante; y también hay otros quienes, a la vista de ese montón de días, sólo sienten desaliento. Menos mal que el hombre sencillo es más clásico, y se dice que ya veremos lo que pasa, y si hay suerte, y Dios lo quiera. Y se pone al tajo.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

ESERP
- ESCUELA SUPERIOR -

ESERP, Autorizada por la CONFERENCIA DE MADRID al cumplir los requisitos establecidos en el R.D. 847/91, art. 19 sobre creación y funcionamiento de Unidades de Centros Universitarios en las áreas de:

- DIRECCIÓN DE EMPRESAS
- MARKETING Y RELACIONES PÚBLICAS
- PERIODISMO Y PUBLICIDAD

ESERP - Autorizada por la Universidad UNED -

- TURISMO DIPLOMATURA E.A. TURÍSTICAS
- MASTER consultar en: www.eserp.com

Presenciales o a distancia en:

- EMPRESA MBA • TURISMO • MARKETING
- COMUNICACIÓN, RELACIONES PÚBLICAS Y PROTOCOLO

Madrid C/ Costa Rica, 9 - Tel. 91 350 12 12
Barcelona C/ Gerona, 24 - Tel. 93 265 84 50